

APOLOGÍA

DE LAS FIESTAS PÚBLICAS DE TOROS:

ESCRITA

POR EL AUTOR DE LA CENTINELA CONTRA FRANCESES

DON ANTONIO CARMANT.

Como de poco tiempo acá se ha hecho moda entre nuestros jóvenes enfarinados de *bellas* letras y piezas *llorosas* murmurar de todos nuestros usos y costumbres, que ellos tachan de rústicas y groseras porque no están amoldadas á la novelería y capricho de los estilos y gustos advenedizos, no podían eximirse de sus censuras y desprecio las corridas de toros, no siendo diversion introducida por industria extranjera, sino muy rancia y antiquísima entre nosotros. ¿Y como no habian de declamar contra esta fiesta nacional aquellos mismos patricios que, por darse el título de filósofos modernos, hacen asco á todas nuestras cosas? ¿Habian de perder esta ocasion, en la que pueden lucir su *filantropía* acabada de recoger de las recientes lecturas *sentimentales*, sin haber abierto jamas un libro castellano, ignorando el suelo que pisan, y el idioma que chapurrean? ¡Levitas pelones! ¡Sacos, y no de penitencia! ¡Lenguaraces sin lengua! ¡Filósofos sin sabiduría! ¡Adoradores del sol quando envia sus rayos escasos á otras regiones, y que no alzais la vista para darle gracias quando alumbra, alegra y vivifica nuestro horizonte español!

Vociferan en tertulias y visitas para hacerse mas espectaculares, que no es propio de naciones cultas semejante fiesta. ¿Y quien lo dice? Los mismos que, presumiendo de eruditos, se ceban con fruicion de antiquario en las descripciones de los juegos del Circo y del Anfiteatro, y de todas las luchas sangrien-



tas de los urbanos é ilustrados romanos ; los que leen con arrebatado poético las relaciones de los juegos Olímpicos de los sabios y elegantes griegos , en donde siempre corrian riesgo de perder la vida , no miserables toreros , sino príncipes y héroes. Pues naciones cultas eran aquellas , y por modelos de cultura las veneran nuestros filosofadores y humanos humanistas del día.

Que los extranjeros censurasen esta diversion española se les podía disculpar de algun modo ; mas no á nuestros intrusos jueces del buen gusto , seguidores ciegos de costumbres forasteras , sean frívolas ó ridículas , por no perder la pinta de literatos de la reciente cria. No consideran estos señoritos que los mismos extranjeros que mormuran de este espectáculo, no pueden resistirse á verle quando se hallan en España , por mas que digan con aspaviento trágico la *nature souffre* : bien que ya se ha notado que mas lo dicen por la impresion que les hace la vista de las heridas y muerte de los caballos , que ellos llaman inocentes , que la del toro , que no es ménos inocente. Pero ¿por ventura se obliga á los concurrentes á que miren un caballo despanzurrado ? ¿No es dueño el que se estomague de volver la vista por un rato á cien objetos agradables que ofrece la plaza , ó de levantar los ojos al cielo , ó de estarse mirando las uñas ?

Escriben algunos extranjeros que es fiesta bárbara , y esto mas por relacion ó por lucir este lugar comun del desahogo filosófico , que por conocimiento de la naturaleza del espectáculo : al mismo tiempo que ellos ven volar , y tambien perniquebrarse ó abrársese sus argonautas aerostáticos , desnucarse sus saltinbanquis y volatineros colgados de un alambre por un dedo del pie , ó haciendo castillos de muchachos como de naves , cuya vista acongoja el corazon del espectador.

Cada nacion tiene sus diversiones adaptadas al clima , á las costumbres del pueblo , y al género de las producciones naturales del país. Los ingleses corren caballos desbocados : los septentrionales corren patines sobre el yelo : los napolitanos asaltan cucañas : en otras ciudades celebran naumaquias ; funciones

públicas llenas de peligros , y siempre señaladas con algun fin desastrado.

El pueblo español mereceria el nombre de bárbaro si baxase á la arena á arrostrar á las fieras: este arrojlo lo reserva á ciertos hombres que lo abrazan como profesion. Los españoles son aficionados á este espectáculo , no porque no conozcan los riesgos á que se exponen los lidiadores , sino porque estan acostumbrados á verlos vencer , y aun burlarse de ellos : pues la inquietud y zozobra del espectador descansan en la destreza, convertida en arte , de estos lidiadores de oficio. Si cada corrida ofreciera heridas ó muertes de toreros , el público no concurriria ni pagando ni pagado.

Del desastre de Pepe *Hillo* en la corrida del 11 de Mayo de 1801 , y de algun otro que suceda , se infiere que un lidiador de toros puede morir. ¿Quien lo ha de negar? Pero el público no va á verle morir , sino á ver como no muere. A esto habia ido por espacio de 25 años , y lo habia logrado ; pero su ciega y tenaz vanidad hallándose enfermo y estropeado quiso darnos á todos una mala tarde. A lo mismo habia concurrido otros tantos años , esto es , á ver como no moria el insigne Pedro Romero , y á todos supo dar esta satisfaccion , tomándose él mismo los inválidos ántes que lo fuesen sus miembros , para morir en su cama y en su casa. Me parece que 25 ó 30 años continuos de este terrible ejercicio bastan y sobran para calificar el mérito de un torero , y hacerle acreedor al aplauso público: un dia de victoria en los juegos de la Grecia valia al atleta una estatua , y una oda de Píndaro. Romero y Hillo en este transcurso de tiempo habrán estoqueado en varias plazas de España tres mil toros cada uno. El dia 11 de Mayo del referido año vivian los dos : luego no es tan cierta , aunque es próxima la muerte , como se le figura al extrangero que no presencia estos actos , ni tiene experiencia de este género de lid. Armado de esta confianza concurre el público á la plaza , y si en vez de salir toreros de oficio se presentaran hombres inexpertos , ó reos conducidos á luchar con fieras , no asistiria á presenciar la

muerte entónces infalible de aquellas víctimas. Lo que atrae principalmente á los espectadores es el bullicio del concurso, el holgorio de la gente, y la grandeza del espectáculo, que ciertamente lo es, pues fuera de los de la antigüedad no hay en los tiempos y pueblos modernos una reunion mas vistosa, mas alegre y popular, que se puede llamar nacional, donde se respira el ayre libre debaxo de la gran bóveda del cielo.

Los que no gustan de esta diversion, que no vayan á ella, ó que nos proporcionen otra que la supla, consultando el gusto de los contribuyentes. Dexemos á lo ménos alguna cosa de nuestra cosecha, ya que la moda, que nos desnuda quando nos viste, nos va quitando quanto ántes llamabamos nuestro: nuestra música, nuestro bayle y nuestro teatro estan amenazados de un destierro: el traje no parece, y el language pronto desaparecerá. Quede por memoria de que hay España este monumento de *barbarie*, como lo quieren llamar: su vista á lo ménos no afemina los hombres; su producto no sale del reyno; su aparato es manufactura nuestra: el criador vende sus toros; y los caballos de desecho ó matalones tienen algun valor ántes de ir á una tahona ó al muladar.--- *Dixi*.

P. D. A pesar de lo dicho, no respondo del buen éxito de las primeras corridas, pues en el intervalo de cinco años que ha durado su prohibicion, ha cesado el exercicio en los profesores de pie y de acaballo: los unos han muerto, otros se han jubilado, y otros han tenido que tomar otros destinos. Retirados los maestros, no se han podido formar discípulos: ha quedado la aficion, es verdad, pero ha faltado la práctica: y esta no se adquiere en libros, consejos y teorías, sino en las continuas lides del arte y de la experiencia.

CON LICENCIA EN MADRID

EN LA IMPRENTA DE D. FRANCISCO DE LA PARTE.

1815.

